



Gallego, Juan Nicasio

A la defensa de Buenos Aires

1807

▽△

| | |
|--|----|
| Tú, de virtudes mil, de ilustres hechos fecundo manantial; a quien consagran su vida alegres los heroicos pechos; Patria, deidad augusta, | |
| mi numen es tu amor. Su hermoso fuego, que aun hoy las piedras de Sagunto inflama; el que arrojó la chispa abrasadora, baldón y estrago de la gente mora, | 5 |
| que aun brilla desde el Cántabro hasta Alhama, da que pase a mi voz; sublime el eco del éter vago los espacios llene tus glorias celebrando, y atrás el mar Atlántico dejando hasta el remoto Patagón resuene. | 10 |
| De allí no lejos las britanas proras viera el indio pacífico asombrado sus costas invadir, y furibundo al hijo de Albión, que fatigado tiene en su audacia y su soberbia al mundo, | 15 |
| cual lobo hambriento en indefenso aprisco, entrar, correr, talar. Montevideo, que ya amarrado a su cadena gime, con espanto en sus muros orgulloso ve tremolar su pabellón, ansiando lanzar del cuello el yugo que le oprime, | 20 |
| mientras la rienda a su ambición soltando el anglo codicioso, | 25 |

la rica población domar anhela,
 que de Solís el río
 en su ribera occidental retrata, 30
 cuando a la mar con noble señorío
 rinde anchuroso su raudal de plata.
 ¡Cuán presta ¡oh Dios! la ejecución corona
 las empresas del mal! El anglo altivo
 tiempo ni afán perdona. 35
 Vese en la playa las inmensas naves
 presurosa ocupar la isleña gente
 de muertes mil cargada,
 y en pos hender la rápida corriente.
 Ya la soberbia armada, 40
 batiendo el viento la ondeante lona,
 vuela, se acerca y a la corva orilla
 saltan las tropas. Ostentoso brilla
 el padre de la luz, y a los reflejos
 con que los altos capiteles dora, 45
 la sed de su ambición la faz colora
 del ávido insular. Así de lejos
 mira el tigre feroz la ansiada presa
 y con sangrientos ojos la devora.
 Álzase en tanto, cual matrona augusta, 50
 de una alta sierra en la fragosa cumbre
 la América del Sur: vese cercada
 de súbito esplendor de viva lumbre
 y en noble ceño y majestad bañada.
 No ya frívolas plumas, 55
 sino bruñido yelmo rutilante,
 ornan su rostro fiero:
 al lado luce ponderoso escudo,
 y en vez del hacha tosca o dardo rudo
 arde en su diestra refulgente acero. 60
 La vista fija en la ciudad; y entonces
 golpe terrible en el broquel sonante
 da con el pomo, y al fragor de guerra
 con que herido el metal gime y restalla,
 retiembla la alta sierra 65
 y el ronco hervir de los volcanes calla.
 «¡Españoles!, clamó: cuando atrevido
 arrasar vuestros lares amenaza
 el opresor del mar, a quien estrecho
 viene el orbe, ¿será que en blando lecho 70
 descuidados yazgáis, o en torpe olvido?
 ¿O acaso, echando a la ignominia el sello,
 daréis al yugo el indomado cuello?
 ¿Dó mis Incas están? ¿Adónde es ido
 el imperio del Cuzco? ¿Quién brioso 75
 domeñó su poder? ¿No fue trofeo
 del castellano esfuerzo poderoso?

¿Y hora vosotros, sucesión valiente
 de Pizarro y Almagro, envilecidos
 ante el tirano doblaréis la frente? 80
 ¿Cederá el español? ¡Oh! Nunca sea
 que América infeliz con viles hierros
 al carro de su triunfo atar se vea!
 No; jamás se verá; que en noble saña
 siento inflamarse ya los fuertes pechos 85
 de los hijos magnánimos de España
 de la patria a la voz. Caigan deshechos
 y a cenizas y polvo reducidos
 templos y torres y robustos techos,
 primero que rendidos 90
 el mundo os vea al ambicioso isleño.
 Ni la ciudad, al enemigo abierta,
 sin reforzado adarve y bastiones,
 el brío arredre del heroico empeño.
 Cuando la fama alígera os aclame 95
 por remotas regiones,
 nueva Numancia occidental la llame,
 mostrando a las atónitas naciones,
 que no hay más firmes muros
 que un ánimo constante y pechos duros». 100
 Dijo; y cual se oye en la estación de Tauro
 de volador enjambre numeroso
 el sordo susurrar, así incesante
 bélico afán en la ciudad se escucha,
 que sin que el fuego del bretón la espante 105
 se apresta osada a la tremenda lucha.
 Ya doce mil guerreros
 de mortíferos bronce precedidos
 a las débiles puertas se abalanzan,
 y los limpios aceros 110
 del rayo brillan de Titán heridos;
 ya sus columnas en las anchas calles
 intrépidas se lanzan;
 por montes y por valles
 del militar clamor retumba el eco, 115
 y el trémulo batir del parche hueco.
 Trábase ya la desigual pelea
 y del fiero enemigo el paso ataja
 furioso el español; cruza silbando
 el plomo; inexorable se recrea 120
 sus víctimas la Parca contemplando;
 crece la confusión; al cielo sube
 el humo denso en pavorosa nube,
 y al bronco estruendo del cañón britano,
 que muertes mil y destrucción vomita, 125
 impávido el esfuerzo castellano
 lluvias arroja de letal metralla.

No hay ceder; no hay ciar. De nuevo estalla
 retumbante el metal del anglo fiero,
 que el horizonte atruena, 130
 mas el valiente ibero
 ni el ruido escucha ni al estrago atiende;
 que en almas grandes, que el honor enciende,
 más alto el grito de la patria suena.
 Suena, y el pecho del esclavo inflama, 135
 y es un guerrero ya. Los moradores
 invictos héroes son. ¡Cuál multiplican
 la ciega rabia y bélicos clamores
 las artes de dañar! Inmensas trabes,
 y lumbré y peñas por los aires bajan 140
 sobre el mísero inglés; profundo foso
 y alta trinchera su furor atajan.
 Él en tanto animoso
 redobla el fuego y el tesón, y truenan
 contra su hueste horrísonos cañones 145
 ríos de sangre de Albión vertiendo.
 Desplómanse los fuerte torreones
 con rancos estallidos,
 y al espantoso estruendo
 con que los altos techos se derrumban, 150
 se oyen gemir los vientos comprimidos
 y hasta en las cuevas de los Andes zumban.
 Tiende la noche el pavoroso velo
 cubriendo tanto horror. Do quier se escucha
 del triste isleño el lúgubre gemido, 155
 que con la muerte irrevocable lucha.
 Su caudillo infeliz, que estremecido
 el fiero estrago entre tinieblas mira,
 de su domada hueste
 los restos junta, y pálido suspira. 160
 Al fin vertiendo su esplendor celeste
 la nacarada aurora
 su vista aparta de la horrible escena.
 ¡Cuál de pavor se llena
 el britano adalid! Allí, en confuso 165
 tropel, de sus soldados
 rotas armas y cuerpos hacinados
 contempla, y se horroriza,
 y el abatido ardor buscando en vano
 de su fiereza brava, 170
 el pelo se le eriza,
 desampara el bastón la yerta mano,
 y un espanto glacial sus miembros traba.
 América triunfó. ¿No veis cual brilla
 tremolado en su diestra el estandarte 175
 de las excelsas torres de Castilla?
 Ve el pueblo valeroso

| | |
|--|-----|
| sitiado al sitiador; del fiero Marte depone el rayo, y al Olimpo eleva clamor de triunfo en himno placentero. | 180 |
| Muéstrase entonces el caudillo ibero al britano, que atónito enmudece y de la salva América las playas dejar le ordena: el anglo le obedece. | |
| A las naves temblando los restos suben del vencido bando; y cual suele medrosa la garza huir del sacre furibundo, así la escuadra huyendo presurosa surca asombrad el piélago profundo. | 185 |
| Lauros, palmas traed, y ornad, iberos, la frente al vencedor. De la victoria en alas vuela tan brillante hazaña al templo de la gloria. | 190 |
| Feliz anuncio sea de nuevos timbres al blasón de España, y en letras de oro en su padrón se lea. | 195 |
| Y vosotros, del Tajo canoros cisnes, cuya voz divina, cuando en ardor patriótico se enciende, el blando son del agua cristalina y el coro de sus náyades suspende; | 200 |
| vuestra lira sonora, de la rama inmortal dispensadora, al cielo alzando tan heroico brío las altas glorias de la Iberia cante, y en sus alas levante el tono humilde del acento mío. | 205 |

▽△

Oda IV (2)

| | |
|--|----|
| Tú, de virtudes mil, de ilustres hechos fecundo manantial a quien tributan su vida alegres los heroicos pechos; | ▽△ |
| Patria, deidad augusta, mi numen es tu amor; su hermoso fuego, que aun hoy las piedras de Sagunto inflama, el que arrojó la chispa abrasadora cobarde toma la inexperta lira y aquella ardiente llama | 5 |
| que aun brilla desde Asturias a Cartama haz que pase a mi voz: mi humilde lira del éter vago los espacios llene tus glorias celebrando | 10 |

| | |
|---|----|
| y el mar de Atlante raudo atravesando hasta el remoto Patagón resuene. | 15 |
| De allí no lejos las britanas popas miró el indio pacífico asombrado sus costas infestar, y furibundo al hijo de Albión, que ya cansado tiene de horror y crímenes al mundo, | 20 |
| cual lobo hambriento en inocente aprisco, entrar, correr, talar. Montevideo, de su codicia bárbara trofeo, indignada en sus muros vio orgulloso tremolar su pendón. Inquieta ansiando | 25 |
| del cuello echar el yugo vergonzoso mientras la rienda a su ambición soltando el insular furioso la bella población amaga fiero que de Solís el río | 30 |
| en su ribera occidental retrata, cuando a la mar con noble señorío rinde anchuroso su raudal de plata. ¡Cuán presta, oh Dios, la ejecución corona las empresas del mal! El anglo altivo | 35 |
| tiempo ni afán perdona. Vese en la playa las inmensas naves presurosa ocupar la insana gente de muertes mil cargada y en pos hender la rápida corriente. | 40 |
| Ya la orgullosa armada, batiendo el aire la ondeante lona vuela, se acerca y a la inerme orilla saltan las tropas. Ostentoso brilla el padre de la luz, y a los reflejos | 45 |
| con que los altos capiteles dora, el ansia de robar la faz colora del ávido insular. Así la presa mira el tigre feroz y ya de lejos y con sangrientos ojos la devora. | 50 |
| Álzase en tanto, colosal matrona, de una alta sierra en la fragosa cumbre la América del Sur: vese cercada de inmensos rayos de encendida lumbre y en noble ceño y majestad bañada. | 55 |
| No ya ligeras plumas, sino pesado casco rutilante ornan su rostro fiero: al lado luce triunfador escudo y en vez del hacha tosca o dardo rudo | 60 |
| brilla en su diestra refulgente acero. Fija la vista en la ciudad: entonces terrible golpe en la marcial rodela | |

| | |
|---|--|
| <p> dio con el pomo, y al sonido agudo con que herido el broquel gime y restalla, la sierra se estremece y el ronco hervir de los volcanes calla. «¡Españoles!, clamó: cuando atrevido nuestros lares tiránico amenaza el opresor del mar a quien estrecho viene el orbe, ¿será que en blando lecho descuidados yazgáis, o en torpe olvido? ¿O acaso, echando a la ignominia el sello, daréis al yugo el indomado cuello? ¿Dó mis Incas están? ¿Adónde es ido el imperio del Cuzco? ¿Quién brioso destruyó su poder? ¿No fue trofeo del castellano esfuerzo poderoso? ¿Y hora vosotros, claros descendientes de Pizarro y Almagro, envilecidos ante el britano inclinaréis las frentes? ¿Cederá el español? ¡Oh! Nunca sea que América infeliz con viles hierros al carro de su triunfo atar se vea! No; jamás se verá; que en noble saña siento inflamarse ya los fuertes pechos de los hijos magnánimos de España de la patria a la voz: caigan deshechos y a cenizas y polvo reducidos templos y torres y robustos techos, primero que rendidos el mundo os vea al insolente isleño. Ni la ciudad, al enemigo abierta, sin reforzado adarve y bastiones, el brío arredre del heroico empeño. Cuando la fama alígera os aclame por lejanas regiones nueva Numancia occidental la llame, mostrando a las atónitas naciones que no hay más firmes muros que un ánimo constante y pechos duros». </p> <p> Dijo; y cual suena en la estación de Tauro de volador enjambre numeroso el sordo susurrar, así incesante bélico afán en la ciudad se escucha, y sin que el fuego del bretón le espante se apresta osada a la tremenda lucha. Ya doce mil guerreros de mortífero bronce precedidos en contra suya con fuerza se abalanzan, y los limpios aceros del rayo brillan de Titán heridos; ufanos ya por las abiertas calles </p> | <p>65</p> <p>70</p> <p>75</p> <p>80</p> <p>85</p> <p>90</p> <p>95</p> <p>100</p> <p>105</p> <p>110</p> |
|---|--|

| | |
|---|-----|
| furibundos se lanzan; | |
| por montes y por valles | 115 |
| del militar clamor retumba el eco, | |
| y el trémulo batir del parche hueco. | |
| Trábase ya la desigual pelea | |
| y del fiero enemigo el paso ataja | |
| furioso el español; cruza silbando | 120 |
| el plomo; inexorable se recrea | |
| su estrago la Parca contemplando; | |
| crece la confusión; al cielo sube | |
| el humo negro en pavorosa nube, | |
| y al bronco estruendo del cañón britano, | 125 |
| que muertes mil y destrucción vomita, | |
| impávido el esfuerzo castellano | |
| que el pundonor a la venganza excita, | |
| lluvias arroja de letal metralla. | |
| No hay ceder; no hay ciar. De nuevo estalla | 130 |
| retumbante el metal del anglo fiero, | |
| que el horizonte atruena, | |
| mas el valiente ibero | |
| ni el ruido escucha ni al estrago atiende; | |
| que en nobles pechos que el honor enciende | 135 |
| más alto el grito de la patria suena. | |
| Moradores, esclavos, niños, todos | |
| guerreros, héroes son: ¡Cuál multiplica | |
| la ciega rabia en desusados modos | |
| las artes de dañar! Inmensas trabes | 140 |
| y enormes peñas por los aires bajan | |
| sobre el mísero inglés; profundo foso | |
| y alta trinchera su furor atajan. | |
| Él en tanto animoso | |
| redobla el fuego y el tesón, y truenan | 145 |
| sin cesar los horrísonos cañones | |
| la roja sangre por doquier vertiendo. | |
| Desplómanse los fuertes torreones | |
| con rancos estallidos, | |
| y al espantoso estruendo | 150 |
| con que los altos techos se derrumban, | |
| se oyen gemir los vientos oprimidos | |
| y hasta en las cuevas de los Andes zumban. | |
| Tiende la noche el pavoroso velo | |
| cubriendo tanto horror. Do quier se escucha | 155 |
| del insular el lúgubre gemido, | |
| que con la muerte irrevocable lucha. | |
| El general bretón los mustios ojos | |
| vuelve en torno de sí despavorido, | |
| ve el resto de su ejército, y cubierta | 160 |
| la tierra de cadáveres: escucha | |
| de tantos moribundos el gemido | |
| y al ver la muerte que azorada vuela | |

| | |
|--|--|
| <p> en las venas la sangre se le hiela. A la vez entonces el estrago el hispano caudillo alegre viendo, sitiado al sitiador, dejar le ordena de la ya libre América las playas. Recoge obedeciendo y atónitas las tropas temblando ocupan las amigas popas, y la abatida armada surca los anchos mares espantada. Lauros, palmas, me dad. De la victoria en alas vuela la brillante hazaña al templo de la gloria. Feliz anuncio sea de nuevos triunfos al Señor de España, y en letras de oro en su padrón se lea. Y vosotros, del Tajo cisnes canoros, cuya voz divina, cuando en amor patriótico se enciende, el blando son del agua cristalina y el coro de sus Náyades suspende; la lira seductora, de la rama inmortal dispensadora, al cielo alzando tan heroico brío las altas glorias de la Iberia cante, y en sus alas levante un armónico acento al rudo mío. </p> | <p>165</p> <p>170</p> <p>175</p> <p>180</p> <p>185</p> |
|--|--|

▽△

Oda V

A la influencia del entusiasmo público en las artes

1808

| | |
|--|--|
| <p> ¿Cuál en rápido vuelo el numen fue que a Píndaro y a Apeles al remoto cénit alza y encumbra del estrellado cielo sobre el astro inmortal que al mundo alumbra? ¿Quién es el poderoso genio que al vate y al pintor valiente la débil línea y el fugaz sonido, venciendo al orgulloso Atlas que erguida la marmórea frente sobre los montes de África descuella, con marca fiel de eternidad les sella? ¿Quién? Solo el corazón. Cuando inflamado de vehemente pasión oprime el pecho, la osada fantasía </p> | <p>▽△</p> <p>5</p> <p>10</p> <p>15</p> |
|--|--|

cede a su ardor, y el cerco de la esfera
siendo ya a su poder límite estrecho,
sus obras inmortales
del tiempo vencen la veloz carrera.
Él fue quien blando suspiró en Tibulo; 20
trazó los celestiales
rasgos que a Venus dan gracia y belleza;
él la noble osadía
fijó de Apolo en la gentil cabeza;
y a par que en el sonoro 25
canto de Homero al implacable Aquiles
el penacho agitó del yelmo de oro,
y en su seno encender los ayes supo
con que la triste Andrómaca suspira,
dio el intenso gemir al noble grupo 30
do en lastimero afán Laoconte expira.
Él solo fue. Si la espartana gente
ardiendo en sedición calmó Terpandro;
si Timoteo audaz con prestos sonos
logró encender el alma de Alejandro 35
en el vario volcán de las pasiones,
primero las sintió. Quien a los ecos
de virtud y de gloria no se inflama,
ni al tierno sollozar del afligido
súbito llanto de piedad derrama; 40
el que al público bien o al patrio duelo
de gozo o noble saña arrebatado,
cual fuego que entre aristas se difunde,
o como chispa eléctrica invisible
que en instantáneo obrar rápida cunde, 45
su corazón de hielo
hervir no siente en conmoción secreta,
ni aspire a artista, ni nació poeta.
¡En balde ansioso el mármol fatigando,
puliendo el bronce, en desigual contienda 50
pugnará con tesón! Por más que hollando
de insuficiente imitación la senda
al Correggio sus gracias pida ¡en vano!,
alma al gran Rafael, brillo a Ticiano,
nunca en su tabla el hijo de Dione 55
maligno excitará falaz sonrisa,
o al fiero ardor de los combates Ciro;
ni hará gemir la moribunda Elisa,
ni Hécuba sierva arrancará un suspiro.
¿Y ¡qué! en las Artes solo 60
ejerce el corazón su noble influjo?
Cuanto el hombre en magnánima osadía
digno, grandioso y singular produjo,
obra es suya también. Dadme que un día
su frente un pueblo alzando 65

| | |
|--|-----|
| al baldón de extranjera tiranía temblar de justa indignación se vea; que la máscara hipócrita arrojando que al bien opone el sórdido egoísmo, el honor, la virtud su numen sea; | 70 |
| y antes que, en muda admiración suspenso, sus rasgos de heroísmo, su saber, su valor, sus glorias cuente, podré el cauce agotar del mar inmenso, y a par de Sirio levantar mi frente. | 75 |
| ¡Oh tú, claro esplendor del griego nombre, célebre Atenas, de las Artes templo y hora mísero polvo y triste ejemplo de la barbarie y del furor del hombre! | |
| Ya sus leyes dictando contemple a su Solón, o a Fidias mire la gran deidad del Ática animando; ya embebecido admire del dulce Anacreón la voz divina, | 80 |
| o al fuerte impulso de tu heroico brío hollada en Maratón y en Salamina la soberbia de Jerjes y Darío; de tu gloria, asombrado, ante el coloso excelso me confundo, | 85 |
| y veces mil te aclamo enajenado modelo, envidia, admiración del mundo. Mas ¿quién podrá del público entusiasmo los portentos medir? Su hermosa llama no bien lució en tu seno, oh patria mía, y ya al índico mar vuela tu fama. | 90 |
| Tú que atenta me escuchas, amable juventud, y en lid activa entre las armas y las artes luchas, contempla ¡cuán hermosa perspectiva de grandeza y de honor se abre a tus ojos! | 95 |
| Tú de fervor patriótico inflamada, en tanto que entre bélicos despojos aterra al domador de cien naciones la saña de los héspedes leones, | 100 |
| por cuanto el mar abarca con sus olas extenderás sus hechos generosos y el blasón de las Artes españolas. Sí; yo os lo anuncio: Zeuxis y Lisipos de la Hesperia seréis. Si en vano un día atónito el viajero | 105 |
| del Cid el bulto y de Cortés buscando los términos corrió del campo ibero, a vuestro genio ardiente tanta dicha el destino reservando, respirar los verá. Que de repente | 110 |
| | 115 |

en firme pedestal se alce Pelayo
 y al pérfido opresor del orbe espante:
 haced que su semblante
 en santo fuego y cólera encendido
 llene de horror las playas agarenas, 120
 y en su tumba Tarif lance un gemido
 que haga temblar las líbicas arenas.
 Mas ¡qué! ¿la antigua España
 modelos de heroísmo y bizarría
 a vuestro noble afán concede solo? 125
 ¿Ya en su seno fecundo no los cría?
 ¡Qué! ¿no oís el rumor de tanta hazaña
 la ancha esfera llenar de polo a polo?
 Ellos harán eterno vuestro nombre;
 vosotros su valor. Patente veo 130
 la edad futura, y la espaciosa plaza
 descubro del magnífico Museo,
 donde entre claros timbres y blasones
 su sien de lauro ornada
 ínclitos héroes a Castilla ostentan; 135
 y en los regios salones,
 que en usos viles profanados fueron,
 subir las Artes miro
 a más alto esplendor que nunca vieron
 Grecia ni Roma, ni Sidón ni Tiro. 140
 Allí pincel fogoso,
 de Polignoto envidia y de Timantes,
 las proezas brillantes
 de Cataluña indómita renueva:
 el galo, aquí, medroso 145
 sueltas las riendas al bridón lozano
 huye el furor del ágil edetano:
 allá en acento rudo,
 como acosada fiera de Jarama,
 Dupont soberbio entre cadenas brama, 150
 mientras Betis sañudo
 petos y cascos y águilas sangrientas
 revuelve entre sus aguas turbulentas.
 No lejos, tremolando
 las barras de Aragón, a Augusta veo 155
 contra el tesón del vándalo luchando;
 y como roca altiva, que resiste
 una vez y otras mil la rabia suma
 del mar hinchado que feroz la embiste
 y al cielo arroja la sonante espuma, 160
 domando así su bárbara porfía
 opone al galo fiero
 pechos de pedernal, brazos de acero.
 ¡Oh magia del pincel! Sobre el glorioso
 montón de escombros de la antigua torre 165

que a la horrísona bomba se desploma,
 allí el aragonés su frente asoma
 indómita y serena,
 y al terco sitiador de espanto llena.
 Mas ¿qué otra imagen tu atención cautiva 170
 de amor tu pecho y de placer colmando,
 parnáside feliz? ¿No ves orlada
 de fresco lauro y de naciente oliva
 la regia sien del séptimo Fernando?
 El Rey ¿no es éste que Madrid gozosa 175
 con vivas mil y cantos de alegría
 del sol de Tauro a la esplendente lumbre
 vio en majestad bañado y lozanía?
 ¡Cuán grande, cuán augusto
 ya de Pirene en la enriscada cumbre 180
 huella con firme planta
 de su vil opresor la infiel garganta!
 ¡Hechicera ilusión! ¿Tan bello día
 será que luzca al horizonte ibero?
 Sí, no dudéis: lo decretó el destino. 185
 El español guerrero
 romperá, Rey amado, tus prisiones,
 y enemigos pendones
 tenderá por alfombras al camino.
 Nuevo Tito serás: benigno el cielo 190
 en júbilo tornando los clamores
 con que la patria fiel por ti suspira,
 mis ojos te verán; faustos loores
 daré a tu nombre... y romperé mi lira.

▽△

Oda VI

A Celmira en sus días

1809

Rasgando alegre el nebuloso velo 190
 con sus dedos de rosa,
 ufana vuelve Primavera hermosa
 a dar vida al vergel, fulgor al cielo.
 Vuelve, y do quier derrama 5
 de su rocío el inmortal tesoro,
 que al sacudir su cabellera de oro
 la flor recoge y la sedienta grama.
 Desde el brillante carro señorea
 el éter luminoso; 10
 bebe el aire su aliento delicioso
 y valle, y monte y selvas hermosea.

| | |
|--|----|
| Vuelve el rostro sereno del claro Betis a la fértil vega, y el bello prado que fecunda y riega mira de ninfas y de amores lleno. | 15 |
| Mas ve a Celmira en su dichoso día almas mil cautivando, suelta las alas a Favonio blando y este saludo plácida le envía: | 20 |
| «Salve, Celmira hermosa; mil veces salve, celestial doncella, más que la reina de las flores bella, más que la madre del Amor graciosa. | 25 |
| Tú, a quien cedió mi rui señor canoro su garganta divina, Delio su ardor, su cítara Corina, y el dulce Anacreón su plectro de oro, salve; y risueño el gusto volando en torno a tu nevada frente, | 30 |
| el sombrío pesar de ti se ahuyente, cual de mis luces el invierno adusto. ¿A qué mis galas donde están tus ojos? Su influencia hechicera alegría y verdor da a la pradera, y en lindas rosas torna los abrojos. | 35 |
| Donde tu mano toca brota un ramo de frescos alhelíes, y si con dulce agrado te sonríes, ¿qué clavel hay más bello que tu boca?» | 40 |
| Dijo la diosa del Abril: ligero, a la ninfa halagando, baña las alas en su aliento blando y a su madre retorna el mensajero. | |

▽△

Oda VII

A la bendición de la bandera del primer batallón de las Milicias Nacionales de Valencia

| | |
|--|----|
| en 16 de septiembre de 1821 ¡Qué insólita alegría: | ▽△ |
| qué falange marcial; qué grato acento de bélica armonía; qué faustos vivos siento! | |
| ¡Qué de plumas sin fin agita el viento! | 5 |
| Corred, hijas hermosas del Turia, y de sus márgenes amenas guirnaldas olorosas traedme a Manos llenas | |

| | |
|--|----|
| de frescos amarantos y azucenas; | 10 |
| que no los batallones | |
| soberbios son del déspota que un día | |
| domeñó cien naciones, | |
| y con audacia impía | |
| la madre España encadenar creía. | 15 |
| Hermano, amigo, esposo | |
| veréis entre ellos, plácida esperanza | |
| del comunal reposo. | |
| Formad festiva danza; | |
| resuene el aire en himnos de alabanza. | 20 |
| ¿Veis cuál se ostenta ufano | |
| su porte altivo y su ademán guerrero? | |
| ¿Veis en la fuerte mano | |
| con grato reverbero | |
| doblar la luz del sol el limpio acero? | 25 |
| ¡Cómo la insignia vuela, | |
| labor y ofrenda de gentil matrona!, | |
| la insignia que no anhela | |
| destrozos de Belona, | |
| ni de laurel sangriento se corona. | 30 |
| Pacífica bandera, | |
| en solo un ramo de modesta encina | |
| cifrar su dicha espera, | |
| y al templo se encamina | |
| pidiendo humilde bendición divina. | 35 |
| Allí con santo celo, | |
| doblando ante el altar desnuda frente, | |
| al Dios de tierra y cielo | |
| alza la armada gente | |
| sus tiernos votos, su oración ferviente. | 40 |
| No palmas de victoria | |
| implora de los santos tutelares; | |
| sino la dulce gloria | |
| de honrar los patrios lares, | |
| guardando en paz los cívicos hogares. | 45 |
| Juran, sí, los primeros | |
| verter su sangre por el libro amado | |
| de los hispanos fueros | |
| depósito sagrado, | |
| al fulgor de mil bombas promulgado; | 50 |
| que en él aun más brillante | |
| el solio ibero indestructible dura, | |
| y en sello de diamante | |
| perpetua se asegura | |
| la fe de Recaredo ilesa y pura. | 55 |
| Júranlo, y de repente | |
| al fiel concurso músicas festivas | |
| lo anuncian, que impaciente | |
| las bóvedas altivas | |

| | |
|---|----|
| del templo atruena en redoblados vivos. | 60 |
| ¡Plegue a Dios que cumplido | |
| por tiempo largo y próspero se vea | |
| su anhelo, y el erguido | |
| pendón, que al viento ondea, | |
| símbolo eterno de concordia sea! | 65 |

▽△

Oda VIII

Al fausto nacimiento de la Serenísima Señora Infanta doña María Isabel Luisa

1830

| | |
|--|----|
| «¡Cuán ciegos los mortales, | ▽△ |
| del esplendor del solio deslumbrados, | |
| ventura tal de la Fortuna imploran! | |
| Si el ídolo que adoran | |
| los oyese benévolo y el sumo | 5 |
| bien que ansiosos codician otorgara, | |
| como el aroma vil que arde en el ara | |
| su dicha vieran disiparse en humo». | |
| Así exclamaba un día | |
| mi Rey amado en lágrimas deshecho, | 10 |
| y el ay doliente al encumbrado techo | |
| entre el oro y los mármoles subía. | |
| «¿Qué importan, proseguía, | |
| a la humana ventura el regio trono, | |
| la pompa ni el poder? Oír gemidos, | 15 |
| a la tierna amistad negado el seno | |
| y a la verdad augusta los oídos; | |
| fingir rostro sereno | |
| cuando la pena el corazón devora; | |
| juguete ser de adulación traidora | 20 |
| y ver mintiendo celo a la perfidia; | |
| tal es de los monarcas el destino | |
| que fascinada envidia | |
| la ambición de los hombres insensatos. | |
| ¡Ah! ¿Qué vale, oh dosel, que al vulgo hechices, | 25 |
| si hasta el don celestial de hacer felices | |
| lo acibara el temor de hacer ingratos? | |
| Solo es dichoso un rey cuando, depuesta | |
| la púrpura enojosa, | |
| solaz le ofrece la filial ternura, | 30 |
| y con su cara esposa | |
| de sus amables hijos circundado | |
| de inocente placer el vaso apura. | |
| Mas ¡ay! que no fue dado | |
| gozar tan alto bien al alma mía. | 35 |

¡Oh cuántas, cuántas veces
 soñó mi fantasía
 verlos correr con planta vacilante
 por los jardines de Aranjuez floridos;
 en puro estanque a los dorados peces 40
 con el sabroso cebo seducidos
 a su mano atraer; sobre una rosa
 sorprender la versátil mariposa;
 o ya afectando varonil talante,
 de caña armados o sarmiento rudo 45
 honrarme graves con marcial saludo!
 ¡Engañosa ilusión! ¡Fantasmas vanos
 de apariencia falaz! Benigna suerte
 da a mis caros hermanos
 en prole hermosa descendencia larga, 50
 y en su estancia feliz bulle festivo
 rumor de inquieta y plácida alegría,
 ¡cuando tristeza amarga,
 silencio, soledad reina en la mía!
 Así mi angustia crece, 55
 y el curso de los años fugitivo,
 prolijo, eterno, a mi dolor parece.
 ¿Y no es mejor que a compasión movida
 dé fin la muerte a mi gemir cansado,
 que estar sin esperanza condenado 60
 a atravesar el yermo de la vida,
 como en el aire exhalación ligera
 que sin dejar señal cruza la esfera?»
 Con tan lúgubre acento
 Fernando se quejaba 65
 en las tinieblas de la noche umbría;
 el son de su lamento
 por las excelsas bóvedas vagaba
 cual eco sordo de huracán lejano.
 Llamando al sueño en vano, 70
 que de sus mustios párpados huía,
 sintió que de repente
 balsámica esperanza al pecho dando,
 una voz celestial así decía:
 «Alza, buen Rey, la congojosa frente, 75
 cese tu largo duelo
 y el ya fecundo tálamo prepara;
 que en augusta doncella te depara
 la ansiada sucesión piadoso el cielo». 80
 Oyó el Monarca atónito y ufano
 los gratos ecos de la voz divina
 Cuando improvisa al horizonte hispano,
 astro de amor, apareció Cristina.
 De las playas amenas
 donde desagua el Ter entre jardines 85

hasta el campo feraz que el Tajo baña,
 la venturosa España,
 mostrando alegre su esplendor bizarro
 con danzas y festines,
 recibe de su Rey la esposa bella. 90

Siguen las Gracias la florida huella
 que estampa el calce del triunfante carro,
 y en grupos mil la cercan los amores
 jugando en torno en apacible vuelo.
 Luce en sus labios el carmín del alba; 95
 brilla en sus ojos el fulgor del cielo;
 hácela el coro de las aves salva,
 y al ver en su mejilla el dulce hoyuelo
 de la sonrisa y los donaires nido,
 bate las palmas el rapaz Cupido 100
 que con su dedo le imprimió en la cuna,
 présago de su gloria y su fortuna.
 Admirola Madrid: su bellos ojos
 la alborozada población suspenden
 por los vecinos campos extendida. 105

El bronce truena; la montaña herida
 revoca el eco; las esferas hienden
 cien lenguas de metal, y hasta en la cumbre
 de las torres y alcázares se agolpa
 la inmensa muchedumbre 110
 gritos sin fin de aclamación lanzando;
 calles, plazas y templos atronando
 sube el clamor de vítores al cielo,
 a par que de los altos miradores
 batiendo el blanco velo 115
 rinden las damas a su Reina hermosa
 tributo en vivas y homenaje en flores.
 Ella en tanto graciosa
 aquí y allí con plácido saludo
 su amable risa y su bondad ostenta 120
 y el bullicioso júbilo acrecienta,
 mientras embebecido
 al diestro lado el Rey la contemplaba
 sobre un potro lozano,
 que blanca espuma en derredor lanzaba, 125
 temblando el suelo al asentar la mano.
 Así la Corte ibera
 festejó Reina y hospedó Señora
 a la ninfa gentil, a quien en breve
 dará de madre el nombre venturoso. 130

Sí, que la diosa que a Endimión adora
 ya el término cumplió de giros nueve,
 y el próspero momento
 e acerca... ¿Oís?... ¿Qué extraño movimiento,
 qué rumor nuevo la quietud altera 135

de la regia mansión? A la ancha plaza
 ¿por qué tan presuroso
 el pueblo corre y con ardor se abraza?
 ¿Cuál anuncio dichoso
 da fuego al bronce, el címbalo voltea? 140
 ¿Qué cándido pendón al viento ondea?
 ¡Oh claro, oh bello día
 de almo consuelo y de memoria eterna!
 ¿Cómo la lira mía
 sabrá cantarte dignamente, y cómo 145
 pintar al vivo la expresión sublime
 con que ansioso Fernando,
 padre feliz, en la mejilla tierna
 del fruto de su amor el labio imprime
 por la primera vez? Al dulce beso 150
 con otros mil la acarició Cristina,
 que lánguida mirada
 de vanagloria y regocijo llena
 fijó en su esposo, y luego
 su prenda idolatrada 155
 se paró a contemplar con faz serena.
 ¡Con qué inefable amor, con qué embeleso
 los rasgos examina
 de aquel gracioso, angélico semblante!
 Sus facciones no ve; las adivina 160
 con maternal penetración, en ellas
 la copia hallando de sus formas bellas,
 y en medio al gozo que su pecho siente,
 el muerto brillo de sus labios rojos
 y una cuajada lágrima en los ojos 165
 reliquias son de su penar reciente.
 Tal suele en Guadarrama
 caliginosa tempestad formarse
 en seca tarde del ardiente estío.
 Vese la parda nube desplegarse 170
 tendiendo el manto lóbrego y sombrío,
 y en ráfagas sin fin de viva lumbre
 el rayo serpear, crujir el trueno;
 hasta que abierto el seno,
 rompe sañuda en túrbidos raudales, 175
 que piedras, troncos, mieses arrebatan
 con ímpetu feroz... En breve empero
 la nube pasa, y por el bosque verde
 el sol esparce su esplendor primero,
 sin que otro indicio apenas le recuerde, 180
 que en las tranquilas hojas suspendida
 gota brillante en perla convertida.
 La nueva en tanto cunde
 en alas de la fama: de Isabela
 el claro nombre por los aires vuela 185

| | |
|---|-----|
| y entre el público aplauso se difunde. ¡Cuánto alborozo el pueblo carpetano ante el alcázar regio ostenta amante en redoblados vivas! | |
| De músicas festivas alterna el coro, y en jovial tumulto los hijos todos del recinto hispano celebran fieles a su Infanta bella. | 190 |
| Óyese del lejano confín del suelo astur el canto grave, que en círculo anchuroso, lento y seguro pie compasa y mide; el baile estrepitoso de la feliz Valencia do preside | 195 |
| la morisca dulzaina; allí resuena el crótalo andaluz al son alegre que las béticas playas enajena; allí cuantos la orilla vio nacer del Jalón, del Miño y Segre renuevan hoy en danzas y cantares | 200 |
| gratos recuerdos de los patrios lares. ¡Oh tú, preciosa niña, objeto caro de tanto aplauso y general contento; tú que quizás con infantil quejido, forzosa deuda que a natura pagas, respondes solo a mi cansado acento! | 205 |
| Duerme, tierna Isabel, duerme, reposa; y las musas iberas que en tu alabanza el júbilo reúna, para adornar tu cuna de mirto y lauro tejerán festones; y de heroicas acciones, que el timbre augusto de Borbón realzan, te servirá de arrullo el noble canto. | 210 |
| Duerme, y permite que tu madre hermosa, hora asustada al eco de tu llanto, goce tranquila en dulces ilusiones de tu ventura el porvenir risueño; que la española fe te guarda el sueño. | 215 |
| Y tú, sol de Fernando, Reina amada, que absorta y muda el ánimo recreas en tu cara Isabel, y en tal instante ni el mismo trono olímpico deseas; gozala un siglo, y el afán materno compense en gracias su niñez serena, como el susurro de Favonio tierno paga en fragancia cándida azucena. | 220 |
| Qué allá en el tiempo que de veinte abriles sus ojos vieren renacer las flores, y el mundo a sus encantos juveniles | 225 |
| | 230 |
| | 235 |

ofrezca adoración, tribute amores;
si de Iberia en el solio soberano
dieren las patrias leyes
asiento digno a más feliz hermano,
cien poderosos reyes
de las lejanas y vecinas zonas
rendirán a sus plantas cien coronas.

240



2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

